ción, es porque, á pesar de las deficiencias anotadas, servirán sin duda á los futuros historiadores de la literatura mexicana. Aun cuando estos llegaran á mejorarlas, siempre corresponderá á Pimentel la prioridad en tan importante labor.

Y pues hemos ya, hasta donde nuestras facultades lo permitieron, examinado en esencia la obra literaria de nuestro autor, debemos también hablar de su forma, es decir, de lo que se acostumbra llamar *factura* ó *manera*, ya se trate de escritores ya de artistas. En casos como el presente, suele el lector no conformarse con que se le de razón tan sólo del contenido y exige que también se le hable del continente.

Más de una vez se le ha motejado por la llaneza de su estilo, que á no pocos parece excesiva, porque está muy generalizada la afición á lo ampuloso, á lo intrincado, á lo que se tiene á gala poder descifrar, puesto que así el lector se hace pasar por conocedor del léxico del idioma nacional y de cuantos modismos exóticos prodigan los modernistas. Los escritos de Pimentel no obtendrán nunca la aprobación de esa escuela. De su estilo puede decirse lo mismo que hace pocos meses expresó un crítico francés al juzgar á su compatriota el novelista, hoy en boga, Abel Hermant, á quien elogió por su lenguaje claro y duro como un buen mármol, despojado de hojarasca pintoresca, y porque no emplea la imagen sino con severidad y discreción á la manera en uso en aquel tiempo en que se escribía para hacer comprender las ideas y no para despertar sensaciones de colores ó de perfumes.

Pimentel es castizo como muy contados escritores mexicanos, y tenía que serlo, no sólo por su cultura,

sino también por que él, que tan nimia y escrupulosamente señaló las faltas de otros, estaba obligado á no dar ocasión á que se le aplicara aquella frase que se atribuye á los predicadores de la moral austera: *haced lo que digo y no lo que hago.* Daba, pues, el ejemplo, escribiendo como deseaba que escribiesen los demás; sobre todo, empleaba en cada uno de sus trabajos el estilo y tono que el asunto requería; y como la mayor parte de sus obras son de disquisición y análisis, raramente pudo embellecer sus páginas con pasajes brillantes, con frases grandilocuentes. Su fin era persuadir, razonando, enseñar: no halagar el oído ni arrancar aplausos. Su estilo no despierta en el lector el recuerdo de las selvas vírgenes, en donde los troncos corpulentos casi desaparecen porque los revisten las lianas trepadoras que pugnan por sofocarlos; donde se agitan insectos brillantes y zumbadores pero dañinos y perniciosos para el hombre. Su estilo ofrece la imagen de la granja cultivada con esmero, en la que hay más frutos que flores, en la que abren sus corolas algunas sí; pero modestas y sencillas, no de embriagantes perfumes, no flores de estufa que á los primeros besos del sol y del aire se marchitan. Su estilo es claro y puro como las aguas del remanso que dejan ver las blancas arenillas de su lecho; no es la corriente impetuosa y turbulenta que asordece con su fragor.

Amaba Pimentel la luz blanda y apacible, porque deja contemplar lo bello y lo verdadero; no la luz que deslumbra y fascina á unos cuantos, sino la que por igual distribuye sus tesoros.

Por eso los que presumen de modernos zahorís encuentran pálido y descarnado el estilo de Pimentel que no se presta á interpretaciones arbitrarias ó adivinaciones absurdas, que no traducen el pensamiento

del autor sino el de aquél que porque se cuenta á sí mismo en el número de los escogidos ó privilegiados, piensa que es vulgar y baladí lo que el indocto vulgo percibe sin esfuerzo.

Y si me valgo en este lugar de símiles y figuras para dar á conocer el estilo de un escritor que usó más parcamente, por excepción debería decir, los recursos retóricos, es porque creo darme así á entender del mayor número, y también porque las afirmaciones dogmáticas expresadas en apotegmas concisos, severos como los versículos de un evangelio, no sonarían bien en nuestros labios. No nos abrogamos las atribuciones de maestros y nos detenemos en los lindes de una exposición de hechos que comprobará el lector tan pronto como conozca todas y cada una de las producciones del polígrafo mexicano.

Se nos reprochará tal vez el que para dar cabal idea de este autor no nos hubiésemos circunscrito á un juicio sentético á la manera de los que se pretende que él debió dar respecto á los poetas mexicanos, y hasta llegará á decirse que salen sobrando los numerosos pasajes aquí citados, toda vez que el lector va á tener á su disposición en toda su integridad las obras de que hemos hecho referencia.

A primera vista parecerán fundadas tales objeciones; pero si se reflexiona, no son del todo admisibles.

Por mucho que sorprenda á los que no están interiorizados en nuestras cosas, Pimentel en su patria es poco conocido y menos avalorado. Sus principales producciones aparecieron en épocas nada propicias á su vulgarización, según hemos visto en otro lugar. Esto, de una parte; de otra, erróneos prejuicios y falsas ideas acerca de su credo político-religioso, le hicieron no gozar de los favores de la casi siempre intransigente nueva generación. De más de esto, nosotros no nos propusimos escribir un breve prólogo para explicar el por qué de la presente edición, si no un estudio que, ya fuese al frente de ella ó en folleto especial, diese, hasta donde nos fuese posible lograrlo, á conocer al menos aproximadamente, una personalidad digna por muchos títulos de ser estimada, por cuanto que su significación en nuestra historia literaria no tiene muchos precedentes ni puede ser con facilidad superada.

Pero hay todavía otras consideraciones á que atender. Es la primera, la de que muchos vacilan antes de acometer la empresa para ellos ardua, de leer una obra, y es necesario ofrecerles un estimulante, eso que los franceses llaman con mayor energía de expresión, *encouragement*. En este caso, el prólogo ó estudio preliminar desempeña el papel de los aperitivos antes de las grandes comidas, por más que éstas sean dignas del más exquisito ó refinado.

En segundo lugar, hay títulos de obras,—sobre todo los que usan los autores modestos,—que no previenen desde luego y en sentido favorable al lector, así como hay otros títulos que mucho prometen y que son origen de desilución y de arrepentimiento; Del número de los primeros son los de los libros de Pimentel. ¿Cómo prescindir entonces, de decir á propios y extraños: *toma y lee; quedarás satisfecho, te instruirás?*

Por último, en la vida moderna ha llegado á hacerse indispensable el proporcionar á la gran masa del público la quinta esencia de las producciones científicas y literarias; ya sea por medio de monografías que las condensen, ó ya sea en esas bibliotecas económicas que se forman con las páginas es-

cogidas de los autores eminentes; páginas que muchas veces son las únicas que de ellos llegan á saborear los que no tienen tiempo para más ó no quieren emplearlo en largas lecturas. Pero, qué mucho que de gran porción de los que leen pueda decirse tal cosa, cuando entre literatos de profesión, y, lo que es peor, entre historiadores, suele acontecer que para formular un juicio haya quienes se contenten con los extractos que al efecto les preparan colaboradores expensados, anónimos, á que sencillamente dan el nombre de secretarios?

Hemos hablado del filólogo, del historiador, del economista, del crítico, y sólo nos resta hacerlo respecto del hombre, para que no se echen de menos ciertas noticias que contribuyen á realzar la figura que se destaca del cuadro general de nuestro estudio.

Le dejamos en los días de la restauración republicana. Vimos que consumada ésta, halló en el apartamiento y soledad de su gabinete de trabajo, la quietud que apetecía, la vida del sabio, ni envidiada ni envidiosa, y vimos también, que á poco, solicitado, volvió á la labor literaria, á las reuniones, á la discusión, á la actividad, á la lucha. Pues bien, veamos ahora cómo pasó el último tercio de su existencia, 1868–1893.

Vida intelectual, casi en lo absoluto, fué la suya.[1]

1 Pimentel aborrecía los viajes, por cortos que fueran, porque le apartaban de sus hábitos domésticos, de sus estudios principalmente. Lo quería todo *at home* y cuando se le decía que era imperdonable que no hubiese ido á Europa, contestaba que el único incentivo que un viaje podía ofrecerle sería el de escribir un libro á semejanza del intitulado *París, Londres y Madrid,* de D. Eugenio de Ochoa, es decir, con el objeto de demostrar por medio de sus personales observaciones, hasta dónde llega la necedad de los que por haber recorrido al vuelo las grandes capitales europeas, menosprecian el lugar de su nacimiento, su patria misma, y se creen desgraciados al encontrarse de nuevo en su hogar y fastidian á los que los escuchan con sus eternas lamentaciones. Apuntar lo bueno de pueblos más adelantados que el nuestro, para indicar la conveniencia de asimilarlo á México, y señalar lo malo, para que se vea que es la humanidad la que no es perfecta y no nuestra patria la única nación que no ha llegado á la cúspide de la civilización y de la grandeza, habría sido para Pimentel el mayor, el único estímulo para emprender un largo viaje al extranjero.

Creemos que contribuyó mucho á la creación de estos hábitos de Pimentel, la circunstancia de haber pasado él varios años de su vida, retraído en el hogar á causa de la salud siempre delicada de su amada esposa, la Sra. Doña Josefa María Gómez Fagoaga, hija que fué del General D. Cirilo Gómez Anaya y de Doña Elena Fagoaga.

De las agitaciones políticas y del movimiento mundano, apenas si llegaban á él apagados rumores. No frecuentaba más que las Academias, y en su propio hogar sólo se preocupaba de la educación é instrucción de sus dos hijos, y no sentaba á su mesa á muchos, ni cultivaba el trato de numerosos amigos. Entre los que prefería, sin hacer ostensibles sus predilecciones, figuraban en primer término escritores, colegas suyos en el Liceo Hidalgo y en la Sociedad de Geografía. Empero, jamás ocupaba la atención de sus huéspedes ó comensales con asuntos científicos ó literarios ni mucho menos con la audición de los escritos que traía entre manos.

Aunque, como en su lugar quedó ya dicho, su erudición era extraordinaria, se abstenía cuidadosamente de citar autores ni doctrinas en sus conversaciones familiares; amigo de la discusión no la provocaba sino antes al contrario, la rehuía cortesmente. Parecía en su casa nada más que un hombre sociable pero discreto, que no ponía de resalto su superioridad intelectual y su cultura.

Eran los domingos los días especialmente dedicados al esparcimiento del espíritu. En ellos recibía á sus amigos y éstos dejaban transcurrir las horas en